

## **Integración europea y catolicismo en Alemania (1945 – 1990)**

*Christoph Kösters*

Durante mucho tiempo la integración europea se consideró ante todo una historia de éxitos políticos y económicos. El camino recorrido por Europa aparece ante todo como un proceso dialéctico de crisis y convergencias que en su totalidad hasta ahora ha conducido a una unidad cada vez más fuerte. Desde hace algún tiempo se manifiesta un nuevo interés por los contextos culturales de este proceso. La mirada se dirige ante todo a la importancia que le corresponde a la religión para las “auto-reflexiones culturales” y la creación de una identidad europea.<sup>1</sup> No solo se interroga sobre el aporte de las colectividades religiosas europeas en su propio terreno a esta historia exitosa. Al mismo tiempo se encuentran en la mira como actores que intentaron hacer coincidir diferentes experiencias de la integración europea con modelos y relatos (narrativas) sobre Europa. La atención sobre la creación de esos sentidos culturales ha vuelto a aumentar recientemente, desde que ante las crisis económicas y políticas actuales de Europa, también parecen estar amenazadas o inclusive parecen colapsar las ideas aparentemente sobreentendidas de Europa – es decir, que se manifiestan discrepancias entre las experiencias sociopolíticas y las narrativas de Europa que forjan una identidad.<sup>2</sup> Este interés no es casual o nuevo en modo alguno. En 1979 el Arzobispo de Múnich, Cardenal Joseph Ratzinger, constató con acierto que la identidad de Europa progresaba toda vez que se veía confrontada a contrapuntos.<sup>3</sup>

Con justa razón, la historia de la democracia cristiana en Europa después de 1945 se entreteje con la historia del éxito del proceso de unificación europea asignándole al catolicismo un peso político particular. El canciller alemán Konrad Adenauer, los Ministros de Relaciones Exteriores de Francia, Robert Schuman, y de Italia, Alcide de Gasperi – todos ellos católicos – se consideran los “padres fundadores de Europa”. Por el contrario, los críticos remiten con cierta justificación a que los cortocircuitos entre una política de integración europea dirigida por intereses y la confesión católica de los actores intervinientes no se pueden demostrar con toda claridad. Es por eso que a los relatos existentes sobre la creación de la identidad europea sólo se agrega una variante cristianodemócrata-católica.

¿En qué consiste entonces el aporte del catolicismo en Alemania a la integración europea, si la respuesta no consiste solamente en indicar aquel camino histórico que transitó la democracia cristiana con la “CDU de Adenauer”? Las siguientes exposiciones buscan ampliar la perspectiva: además de las experiencias políticas del catolicismo alemán como portador de una idea nacional siempre inserta en Europa, su rol ampliamente subestimado hasta ahora se focaliza en la conciliación de base religiosa en la antesala política “internacional”. Estas experiencias son inseparables de los constantes

esfuerzos por reunir al cristianismo y a Europa en modelos culturales de una Europa cristiana.

Después de 1945, las jornadas católicas alemanas con la determinación de sus localizaciones en Europa tuvieron efecto tanto dentro del espacio católico, como así también hacia afuera, en el área de la cultura política y la sociedad. Pero el catolicismo seglar alemán, tradicionalmente consciente de sí mismo, rara vez actuó sin el episcopado alemán y – mucho más importante en los comienzos – sin el Papa o la Santa Sede como representante diplomático de sus intereses en el escenario internacional. Si uno observa esta estructura católica en su totalidad, comprueba la medida en que el efecto y la importancia de sus actividades euro-políticas y de sus relatos creadores de identidad dependían decisivamente de los cambios que realizaba su memoria cultural y su herencia religiosa como parte de la situación de la democracia y la sociedad, sujeta a modificaciones dinámicas.

Con esto ya se ha dicho algo casi obvio: el catolicismo alemán hizo un aporte *parcial* a la integración europea. Si sólo se pueden mencionar marginalmente los efectos recíprocos con la ecumena protestante, esto no expresa nada sobre su significado independiente para el discurso histórico sobre Europa. Ante esta premisa, a continuación se bosquejará primero la situación inicial que después de 1945 consistía en una “Cortina de Hierro” para Europa como espacio confesional del cristianismo (1.). Luego analizaremos el aporte de motivación religiosa que los católicos contribuyeron en una ola de entusiasmo pro-europeo durante la posguerra para una conciliación franco-germana. La percepción, ante todo católica, muy difundida con posterioridad a los demócratas cristianos Adenauer, Schuman y De Gasperi como “padres fundadores” de una Europa unida, ocurrió ante el trasfondo de este cambio en la relación con Francia (2.). A continuación nos preguntaremos, cuál fue el efecto del cambio de paradigmas de la Iglesia católica en el Segundo Concilio Vaticano sobre su aporte a los debates de la larga década del 60 sobre la identidad de Europa (3.). Finalmente se abordará la importancia del catolicismo alemán para la reconciliación con Polonia como parte de la apertura – de gran influencia político-religiosa – de Europa hacia el “Este”, impulsada por el Papa Juan Pablo II (4.) Con todo, se demostrará en qué medida el aporte específico del catolicismo a la integración europea se encontraba inserto en una política simbólica religiosa, muchas veces menospreciada en la historia, pero de alto efecto político, comprensible y a decodificar hoy más que nunca.

## **1. Europa Occidental como espacio de confesión predominantemente católico**

“Europa será cristiana o dejará de ser”.<sup>4</sup> Esta afirmación del filósofo de la religión, católico, Romano Guardini, hecha en 1946, describe acertadamente la importancia que se le atribuía en general a la religión cristiana para el presente y el futuro de Europa. A pesar de o – tal como pensaban muchos – justamente debido a dos guerras mundiales con exceso de violencia, al principio de la segunda mitad del siglo XX el cristianismo era la religión determinante en Europa. No sin orgullo, Herbert Aufhofer comprueba en el “*Staatslexikon*” (Diccionario de Estado) aparecido en 1959 la ventaja cuantitativa de los católicos<sup>5</sup>: de aproximadamente 550 millones de europeos, unos 212 millones

(38,5 %) eran católicos, 120 millones protestantes (22 %) y los demás se distribuían en proporciones que ya no se podían determinar de modo confiable entre ortodoxos, laicos, así como musulmanes, judíos y otras minorías. El catolicismo se concentraba en el sur, oeste y este de Europa (con lo cual no solo se refería a la Polonia católica, sino también a porcentajes considerables de población católica entre los eslovacos, croatas, húngaros y lituanos), en tanto el norte y centro de Europa (incluyendo Alemania) estaban determinados mayoritariamente por el protestantismo; las Iglesias Ortodoxas se encontraban limitadas en la práctica a los Balcanes y a la parte europea de la Unión Soviética. Desde el punto de vista de la política religiosa, el Estado y la Iglesia se encontraban separados por la Constitución de la mayor parte de los Estados; tan solo en Italia y en España, en las Iglesias Evangélico-Luteranas de Escandinavia, así como en la Iglesia Ortodoxa de Grecia aún persistía una Iglesia de Estado, más allá de la Iglesia Anglicana de Gran Bretaña.

El hecho de que después de 1945 una gran parte de la antigua Europa Central y casi la totalidad de Europa Oriental desaparecieran detrás de la “Cortina de Hierro” tuvo un efecto gravoso sobre la percepción de Europa. Desde entonces Europa quedó limitada a sus Estados del oeste, sur y norte. Durante la “Guerra Fría” la Austria católica y la República Federal de Alemania – que se había vuelto más católica –, se convirtieron en las “avanzadas” orientales junto a la frontera ideológica de los sistemas. En la década del 1950 el padre premostratense belga Werenfried van Straaten, fundador de la obra católica “Iglesia Necesitada”, proclamó la construcción de lo que dio en llamar Fortalezas de Dios a lo largo de la frontera intra-alemana.<sup>6</sup> La competencia en cuanto a la cosmovisión de los sistemas del Oeste y del Este tuvo una carga religiosa adicional, al menos durante su fase inicial: la Europa cristiana se encontraba dividida entre la libertad religiosa en occidente y su represión en el este. En ningún otro lado esto resultó más visible que en Berlín, donde la construcción del muro y la alambrada de púas a lo largo de la frontera del sector Berlín-Este en agosto de 1961 cortó en dos violentamente la Parroquia de San Miguel.<sup>7</sup>

En la estadística eclesiástica los católicos aparecían como los principales ganadores de la división europea. Pero los datos llamativos de Aufhofer encubrían los cambios religiosos que acompañaron las emigraciones y expulsiones de los Estados de Europa Oriental – los Estados bálticos, Polonia, la Unión Soviética y Checoslovaquia – después de 1945. Con el desplazamiento de las fronteras de Polonia hacia el oeste, sancionado por las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, allí surgió por primera vez una nación-estado católica, étnica- y religiosamente casi cerrada. La evolución en Alemania fue diferente: el Deutsche Reich, que había sido predominantemente protestante, se transformó en la República Federal Alemana casi paritaria en lo confesional, cosa que cristalizó en lo político en la fundación de la Unión Demócratacristiana (CDU) interconfesional. Pero los viejos límites confesionales siguieron palpables hasta en la vida cotidiana de las dos Iglesias cristianas: con su “equipaje invisible de refugiados”<sup>8</sup>, colmado de experiencias previas religiosas y culturales, los refugiados expulsados de sus hogares se toparon de frente con la devoción religiosa de los lugareños. Debajo de la superficie de la era “Adenauer” conservadora, en la joven

República Federal de Alemania los límites confesionales heredados y sus ambientes sociales delimitados se vieron sometidos a presión. Luego, a inicios de la década de 1960, en todos los Estados de Europa occidental se observa un retroceso constante de la práctica del culto cristiano y particularmente católico.<sup>9</sup> A este cambio profundo de la práctica religiosa en las Iglesias y a la extinción de sus símbolos el historiador francés René Rémond los llamó el “sacrilegio’ de la época”; el historiador alemán Thomas Grossbölting habla del “cielo perdido”.<sup>10</sup>

Los contemporáneos de la Iglesia atribuyeron el origen de este proceso (que perdura hasta la actualidad) a los efectos de la industrialización, a la urbanización moderna y al rápido restablecimiento del bienestar después de la guerra. La crítica de los líderes espirituales de la Iglesia al “materialismo práctico” de una secularización progresiva de la fe cristiana atravesó como un hilo conductor a numerosas opiniones de estos años. Con esto los representantes de la Iglesia coincidían – sin quererlo – con los críticos agnósticos o bien ateos de la religión, quienes a partir de las mismas observaciones sacaron la conclusión contraria sobre el final ineludible del Cristianismo y de la religión en tiempos modernos.<sup>11</sup> En las discusiones católicas sobre el futuro de una Europa cristiana, la experiencia de la secularización se refleja de dos maneras: como crisis peligrosa, debida tanto al materialismo práctico-occidental, como también al teórico-oriental.

## **2. Después de 1945: Reconciliación con Francia, el enemigo tradicional**

El nuevo comienzo de la historia europea después de la Segunda Guerra Mundial estuvo acompañado por las experiencias de una ruptura en la civilización. En término de tres generaciones, Europa había sido devastada por dos guerras mundiales – cada una con sus efectos catastróficos: la destrucción de los Estados, la existencia de sociedades nacionalistas inestables, la realización brutal de “limpiezas” étnicas, la opresión y persecución de cristianos, pero en particular la aniquilación del judaísmo europeo teñida de ideologías racistas. Estas experiencias explican la aprobación social que recibieron los movimientos favorables a una Europa unificada, ante todo durante la segunda mitad de la década de 1940. La agenda política europea estaba determinada en primer término por los “federalistas” y su defensa de un estado federal europeo con gobierno supranacional. Ellos retomaban impulsos iniciados en los años 20 por las ideas paneuropeas y ligados en particular a los nombres del escritor austríaco Richard Nikolaus Graf Coudenhove-Kalergi y del ministro de relaciones exteriores francés Aristide Briand.<sup>12</sup>

Después de la Primera Guerra Mundial y fiel a su lema “Pax Christi in regno Christi”, en la Iglesia Católica el Papa Pío XI había colocado en la agenda de los católicos su idea de una Europa pacífica, convocándolos a una “Acción Católica” cerrada con el objetivo de restablecer el reinado de Cristo. Con la instalación de la festividad de Cristo Rey en 1925, el Papa le confirió un énfasis religioso-simbólico adicional. En el entorno de este programa movilizador y de ideas espirituales y morales se habían desarrollado iniciativas y organizaciones de carácter muy diverso. La sociedad fundada por el sacerdote diocesano de

Friburgo Max Josef Metzger en 1919, renombrada “Sociedad de Cristo Rey” en 1927, forma parte junto a sus antecesores de las células germinales del movimiento pacifista católico y del movimiento ecuménico Una Sancta en Alemania. Los intelectuales católicos, originarios más que nada de Renania, reunidos en torno a la revista “*Abendland*”, iniciaron en la década del 20 el camino hacia un entendimiento germano-francés. El romanista Hermann Platz, de Bonn, junto a otros, colocó al cristianismo en un primer plano como fuerza generadora de cultura y comunidad en Europa y separó a los “occidentales” de los nacionalistas, racistas, seguidores de la Sociedad de las Naciones y los paneuropeos.<sup>13</sup>

Este es el punto que retoman las discusiones posteriores a 1945 en torno a los aspectos occidentales comunes en Europa y las voces destacadas, como por ejemplo la de Romano Guardini.<sup>14</sup> La voz católica dentro del concierto de las ideas sobre Europa era representada y defendida ante todo por el Papa Pío XII. En el marco del nuevo mundo bipolar de las grandes potencias en el este y oeste, él veía a Europa como “portadora del mensaje de civilización de la Iglesia”.<sup>15</sup> El Papa no pensaba en modo alguno en restablecer la *societas christiana* según el modelo medioeval. Le interesaba actualizar su idea central fundacional. Estaba convencido de que Europa, al haberle dado la espalda a su pasado y presente secular con sus extremos más recientes de totalitarismo, en el futuro solo podría encontrar una unidad pacífica, si volvía a reflexionar sobre la síntesis de religión, moralidad y civilización garantizada en la tradición cristiana.<sup>16</sup> La celebración eclesial de San Benedito – fundador del sacerdocio cristiano en los umbrales de la Antigüedad Tardía hacia la Edad Media latina – con motivo de cumplirse 1400 años de su fallecimiento en 1947, le confirió una fuerza simbólica religiosa e histórica duradera a esta comprensión de Europa que el Papa impulsaba con un decidido argumento católico<sup>17</sup>. Más tarde, en 1964, el Papa Paulo VI elevaría al santo a patrono de Europa.<sup>18</sup>

En el marco del clima espiritual y cultural de la voluntad por una integración europea, en el catolicismo alemán de posguerra prosperaron las primeras iniciativas importantes tendientes a una reconciliación con el vecino francés y con el supuesto “enemigo jurado” alemán.<sup>19</sup> Antes aun de que activistas europeos cristiano-católicos de Francia, Gran Bretaña, Suiza y Alemania iniciaran las primeras conversaciones a partir de marzo de 1947 mediante los periódicos “Encuentros de Ginebra” de los “*Nouvelle Equipes Internationales*”, ya se transitaban determinados senderos religioso-espirituales de reconciliación: unas pocas semanas después de la liberación de Francia, en marzo de 1945, el obispo Pierre-Marie Théas y otros 39 ciudadanos franceses convocaron a una “Cruzada de reconciliación entre Alemania y Francia”. Este llamado provocó un eco muy vivaz a ambos lados del Rin con la fundación de las agrupaciones “Pax Christi”.<sup>20</sup>

Las peregrinaciones transfronterizas acompañadas por grandes cruces de la paz movilizaron a multitudes de creyentes. De hecho, resultaba sorprendente, que “nuestros compatriotas olvidaran ante esta cruz de Aquisgrán, el mal que hace unos pocos años una cruz [gamada] doblada les había traído desde Alemania”, tal como sostuvo un sacerdote belga. En el estilo de la nueva

oración, los participantes siguieron tácitamente el viejo código ritual de un acto de penitencia religiosa: peregrinación en oración como expresión de arrepentimiento y expiación simbolizando la injusticia causada por los alemanes a los franceses. Esta fue la condición para los grandes encuentros de reconciliación en 1947 y 1948 en los lugares de peregrinación europeos: Lourdes del lado francés y Kevelaer del lado alemán; en 1949 se reunió una delegación de obispos alemanes y franceses en Bühl (Baden), donde Pax Christi erigió una cruz de la paz en 1952. Finalmente, en 1953/54 católicos franceses y alemanes construyeron una iglesia de la paz en Speyer, a la sombra de la grandiosa catedral imperial del medioevo; esta iglesia fue consagrada al gran abad cisterciense, místico cristiano y predicador occidental de las cruzadas Bernardo de Claraval, fallecido en 1153.<sup>21</sup>

Sin perjuicio del entorno cultural determinado por las actividades católicas y el simbolismo correspondiente, predominante ante todo en la zona fronteriza germano-francesa, el primer paso hacia la integración de Europa no fue obra de la “Internacional negra” católica, tal como lo formulara preocupado un diplomático británico.<sup>22</sup> Con la “Comunidad Europea del Carbón y del Acero” los representantes líderes de los tres mayores Estados de Europa Occidental constituyeron en 1951 una asociación transfronteriza de intereses económicos. En modo alguno su éxito y por ende su importancia para la integración europea estuvieron aseguradas desde un principio. El hecho de que el Canciller alemán Adenauer, el Ministro de Relaciones Exteriores francés Robert Schuman y su colega italiano Alcide de Gasperi estuvieran unidos por convicciones cristianodemócratas y raíces católicas comunes, impulsó este primer paso destinado a abrir nuevos rumbos políticos y económicos. El tratado internacional celebrado en Roma en 1957 sobre la constitución de una Comunidad Económica Europea (CEE) incluyó a tres otros Estados con los países del Benelux, hizo que el primer paso fuera irreversible y le brindó un sustento seguro a la integración europea.

El acento de la Iglesia, expresado por el Papa Pio XII y los obispos alemanes en numerosas declaraciones y cartas pastorales en que subrayaron la comunidad de valores occidentales y cristianos y el rechazo estricto del comunismo totalitario, no generaron disenso, ni contradicción del lado político – muy por el contrario.<sup>23</sup> A partir de aquí sólo fue un pequeño paso hacia una imagen de Europa teñida de catolicismo: “Europa debe ser cristiana o no será”, reconoció, por ejemplo, el Obispo Stimpfle de Augsburgo en 1973. “Schuman, De Gasperi y Adenauer, los grandes europeos y padres de una Europa unida, eran conscientes de esto. Ellos no solo vieron la unidad del continente europeo como una necesidad política y económica, sino como exigencia de un pasado y futuro cristianos.”<sup>24</sup>

### **3. La larga década del 60: libertad religiosa, derechos humanos y democracia**

A principios de la década del 60 se extendió cierta desilusión en el catolicismo alemán. En los últimos tiempos de la posguerra se había avanzado en pasos significativos hacia la unificación política y económica de Europa. Pero la

respuesta que se había encontrado en la generación de posguerra, entre otros en un camino de motivación religiosa para la reconciliación con Francia, aparentemente había perdido fuerza de persuasión. Un informe de situación interno del Comité Central de los Católicos Alemanes sostenía que “contrariamente a la cooperación ya muy desarrollada en el terreno político, la consciencia de pertenencia dentro del catolicismo europeo estaba apenas desarrollada, ante todo en el nivel fraternal de los seglares”.<sup>25</sup> Una vez más se imponía la cuestión relativa a los fundamentos ideales y espirituales, al “alma” cristiana de Europa. Y a diferencia del período posterior a 1945, en el catolicismo alemán la búsqueda de respuestas actuales y futuras pasó a ser parte de un cambio radical de paradigmas en la Iglesia católica.

El reconocimiento de la libertad religiosa por la Iglesia católica en el Segundo Concilio Vaticano fue caracterizado acertadamente como “vuelco copernicano” por el especialista en Derecho Público y católico Ernst-Wolfgang Böckenförde.<sup>26</sup> La declaración del concilio “Dignitatis humanae” (“La dignidad de la persona humana”) marcó una nueva orientación de la imagen católica de la Iglesia y el mundo. El reconocimiento de la libertad religiosa individual como parte constitutiva de la dignidad personal del hombre puso de cabeza una tradición doctrinaria de la Iglesia que aún había sido prácticamente indiscutida al comienzo de la década del 60: las verdades religiosas y la defensa incondicional de sus libertades ya no se fundaban en la Iglesia en tanto maestra autoritaria de verdades de culto libres de errores, sino en la libertad personal del hombre. Esto tuvo consecuencias de gran alcance ya que venía de la mano de un reacomodamiento de las relaciones entre la Iglesia y la libertad social, Iglesia y libertad de consciencia, en última instancia, entre Iglesia y Estado. En la definición optimista de su posición, dirigida a todas las personas, realizada por el concilio en su constitución pastoral “Gaudium et spes” (“Alegría y esperanza”), en relación a la “era moderna” actual, no estaba ausente la apreciación positiva del orden democrático del Estado y la sociedad (GS 75).<sup>27</sup>

La condena a las libertades modernas, tal como la había expresado cien años antes, en 1864, el Papa Pio IX en “Syllabus errorum”, pasó a la historia, pero a futuro se le encomendaba a la Iglesia intervenir ante toda violación de los derechos humanos en general y de la libertad de culto en particular. En los años 60 de la descolonización esto significaba consecuentemente rechazar como poco cristiana toda misión forzosa que contradijera la libre adopción de la fe. El Papa Paulo VI abrió esta perspectiva global asignándole a una Europa unificada el rol de motor de la justicia internacional y de la paz mundial: “La rica herencia cultural, moral y religiosa de Europa, acuñada por los valores cristianos, resplandecerá así con nuevo brillo ante los ojos de todo el mundo.”<sup>28</sup>

Desde siempre la Santa Sede se guardó cuidadosamente de conservar su independencia de y su neutralidad ante los poderes políticos. Con la cautela correspondiente, la Iglesia católica había comenzado en vida del Papa Pio XII a acompañar institucionalmente el proceso de la integración europea. Es por ello, que la iniciativa tendiente a la institucionalización partió en primer término de las órdenes religiosas católicas con actuación internacional. Por invitación del obispo de Estrasburgo, los jesuitas fueron los primeros en abrir en 1956 una

“Secretaría Católica para Cuestiones Europeas” (*Office catholique pour les Problèmes européens* – OCIFE), a fin de informar permanentemente sobre el trabajo del Consejo Europeo. Esta Secretaría recibió status oficial en 1963 cuando cerca de las instituciones de la Comunidad en Bruselas se instaló una segunda oficina informativa, señal de un compromiso vaticano más activo en el proceso de unificación europea agitado por las crisis de esos años. Casi simultáneamente y como consecuencia inmediata del Concilio, los obispos de Europa comenzaron a organizar un intercambio permanente sobre cuestiones pastorales comunes de actualidad.

Con la acreditación de un Nuncio Apostólico ante la Comunidad Europea en Bruselas en 1970 y la creación un año después de un Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (*Consilium Conferentiarum Episcoporum Europae – CEEE*) – con competencia más allá de la “Cortina de Hierro” – la Iglesia Católica presentaba una nueva constitución, tanto política como pastoral, a nivel europeo pocos años después del Segundo Concilio Vaticano. En 1980 se le sumó en Bruselas una representación propia de los obispos de los países pertenecientes a la Comunidad Europea (*Commissio Episcopatum Communitatis Europensis – ComECE*) a fin de poder reaccionar adecuadamente al dinamismo propio del proceso de unificación europea.<sup>29</sup> Por el contrario, evidentemente los seglares católicos sufrieron de una escasez de plataformas institucionales comparables y redes con capacidad de funcionamiento. Al menos fue desoído el llamado de la Ministra de Culto de Renania Palatinado, Hanna-Renate Laurien, una católica comprometida, a favor de un “Comité Central de Católicos Europeos”.<sup>30</sup>

La “Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa” (CSCE) que culminó en 1975 luego de dos años de negociaciones con la firma de un acta final en Helsinki (Finlandia), marcó un cambio de paradigmas en la política exterior de la “Guerra Fría” de la posguerra hacia la distensión entre Este y Oeste en la década del 70. Pero el efecto político no se generó en las cláusulas de no intromisión acordadas, que no eran “más que bonitos envoltorios para tratados internacionales preexistentes”, sino en los “párrafos utópicos que seguían [a estas cláusulas].”<sup>31</sup> No por último, fue gracias a la influyente diplomacia vaticana, que actuaba junto con la Conferencia de Iglesias Europeas (KEK) evangélica en el escenario europeo, que los países firmantes se comprometieron a observar “los derechos humanos y las libertades fundamentales, incluyendo la libertad de pensamiento, consciencia, religión o convicción para todos, sin diferencias de raza, género, idioma o religión”<sup>32</sup>

El hecho de que de este modo las Iglesias cristianas contribuyeron a largo plazo a socavar las bases ideológicas de los Estados socialistas del este, aun no era previsible en la década del 70 y 80. Había otro desafío que determinaba el orden del día: si bien la Comunidad Europea ampliada hacia el norte desde 1957 con Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca (1973), y hacia el sur con Grecia (1981), España y Portugal (1986) se superponía cada vez más con las ideas “clásicas” de Europa, resultaba palpablemente más compleja la búsqueda de un modelo europeo adecuado para una “Occidente cristiano” largamente deslucido. La euro-esclerosis tan lamentada a principios de la década del 80, no tenía causas solamente económicas. Unas pocas semanas antes de las



elecciones para el primer Parlamento Europeo en 1979, el Arzobispo de Múnich Joseph Ratzinger (luego Papa Benedicto XVI) de 52 años de edad, hizo un intento por retomar los procesos políticos, sociales y eclesiásticos acaecidos en Europa desde el fallecimiento de Pio XII en el año 1958, desarrollándolos para lograr una imagen de futuro con fundamento cristiano para una Europa democrática.

Las delimitaciones resultaron inequívocas: tanto la fusión arcaica y carente de historia del derecho tribal y la religión como en el islam, como también el marxismo, en tanto cosmovisión secular, carente de religión, orientada solamente hacia el valor pervertido del golpe revolucionario, contradirían toda comprensión de Europa. La imagen de una crisis en la sociedad secularizada, dominada por la “autonomía ilimitada de la razón”, el pluralismo de los valores y la fe en Dios privatizada, recién haría viables estas “imágenes contrarias a Europa”. Por el otro lado, la identidad de Europa con sus raíces antiguas de la democracia se fundaba en la validez del buen orden (eunomia), en el cristianismo que transmite la fe judía con el espíritu griego, en la idea de Europa como *res publica christiana* transversal y en la herencia de tiempos modernos con una diferenciación entre fe y derecho guiada por la razón, y la libertad de culto y conciencia que de allí resulta y la vigencia de los derechos humanos en general. Por lo tanto, para el Arzobispo de Múnich, el futuro de Europa consistía en una democracia comprometida con valores jurídicos, religiosos y morales, que garantiza la libertad de conciencia y los derechos humanos, y que en lugar de “nación” y “revolución mundial” comprendía globalmente su responsabilidad por el bien común, al servicio de un orden de paz y de una participación conjunta de los bienes del mundo.<sup>33</sup>

Al apreciar una democracia ligada a los valores como fundamento para una futura integración europea, el Arzobispo de Múnich coincidía con el Primer Ministro de Bélgica Leo Tindemans. Los efectos del concilio eran evidentes cuando el convencido euro-político católico de la segunda Generación 1978 formuló los hitos de una Europa cristiana durante una manifestación de las Jornadas Católicas de Friburgo: “Europa será democrática o no será. No será una democracia popular, sino una en que (...) también se le ofrezca todo lo necesario para su libre desarrollo a las religiones. (...) Europa no deberá ser un continente del odio, ni entre naciones, ni entre clases, sino uno de consenso y cooperación. (...) Aquellos países en que, por la razón que fuere, se reprima la libertad o determinadas libertades, no podrán impedir que su población dirija la mirada hacia Europa como meta digna de alcanzar.”<sup>34</sup>

#### **4. Durante la corta década del 80: vanguardia de reconciliación germanopolaca y pioneros de la nueva Europa**

Desde un principio el rechazo al nacionalismo formó parte del canon católico de “Europa”. El acercamiento al “archienemigo francés” después de 1945 ya había demostrado que el catolicismo y la Iglesia tampoco podían escapar a la larga y oscura sombra de la historia de dos guerras mundiales: en una Europa en que en 1919/20 y 1945 el pensamiento étnico-nacional había determinado de modo decisivo las ideas de orden político, en ningún país resultaba posible separar lo

nacional y lo eclesiástico. Es así, que en 1962, las Jornadas Católicas de Friburgo, bajo el liderazgo de Herbert Czajas, un político sumamente activo, oriundo de Silesia, representante de los exiliados alemanes y abogado imperturbable de su derecho a un hogar en el marco de la unificación europea, había destacado “la existencia y el desarrollo fundados en el derecho natural, de todos los pueblos y grupos étnicos”.<sup>35</sup> Apenas unos pocos años más tarde esta explicación fue blanco de una crítica demoledora en las Jornadas Católicas 1968 en Essen: de acuerdo al espíritu de un nuevo orden para la paz en Europa también se deberían poner en el banco de prueba los puntos de vista tradicionales de la *Ostpolitik* alemana apoyada por la Iglesia.<sup>36</sup> La cuestión en torno al reconocimiento del límite germano-polaco en el Oder-Neisse, teñida de cosmovisión y al mismo tiempo políticamente debatida en la Alemania dividida, tuvo una fuerte influencia sobre las filas del catolicismo alemán vinculadas a la Unión Demócrata-Cristiana de Adenauer.

En sus memorias políticas sobre la política de distensión europea, guiada por el “cambio por acercamiento”, Willy Brandt remitió al diálogo de las Iglesias, que habría estado “muy adelantado” respecto a aquel de los políticos.<sup>37</sup> El juicio del Canciller Federal socialdemócrata no sólo se aplicaba a la intervención de su compañero de partido Egon Bahr, con quien este hizo estallar una acalorada controversia pública sobre la *Ostpolitik* alemana en la Academia Evangélica de Tutzing en 1963. En la primavera del año 1964, un pequeño grupo de la sección Pax-Christi alemana volvió a dar una clara señal de la voluntad reconciliadora de Alemania con una peregrinación de penitencia a Auschwitz.<sup>38</sup> Con el joven Arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła (luego Papa Juan Pablo II), el grupo de peregrinos alemanes encontró un interlocutor abierto, que supo interpretar acertadamente lo acontecido, tanto en su dimensión religiosa, como política. Al finalizar el Concilio de 1965, las palabras orientadoras de los obispos polacos dirigidas en su mensaje a los obispos alemanes – “Otorgamos perdón y pedimos perdón” –, también fueron entendidas como acto de penitencia y reconciliación.

Tal actitud simbólica religiosa, imposible de sobreestimar en su importancia comunicativa, no se movía en un espacio libre de toda política, al igual que en los inicios de la reconciliación germano-francesa. Pero a diferencia de los primeros años de la posguerra, el pequeño grupo de activista de Pax-Christi también actuaba más políticamente. Con un dedo acusador moral apuntaron a una herida de recuerdos culposos, cerrada solamente en lo aparente por la práctica de las indemnizaciones alemanas, y encaminaron un fondo de “donaciones solidarias” para las víctimas de los campos de concentración en Polonia. A partir de esta iniciativa secular secundada por los obispos alemanes, en 1973 surgió la “Obra Maximiliano Kolbe”. Su trabajo de reconciliación y encuentros – especialmente con los miembros del grupo ZNAK, representado por el publicista Stanisław Stomma – quedó expuesto empero al peso del pasado y a los vaivenes de las tensiones nacionales originados por la cuestión limítrofe pendiente. No obstante, poco a poco se fue tejiendo una red más estrecha de contactos personales con las víctimas polacas. Su enorme significado político se manifestó en 1981/82: la ola de altruismo de los católicos alemanes – entre otros –, para Polonia que se tambaleaba junto a un abismo

económico – debido al derecho marcial y la crisis de abastecimiento –, aportó “desde abajo” la amplia irrupción del dificultoso proceso de reconciliación.

Dentro de la lógica de este accionar estaba el llamado del Presidente del Comité Central de los católicos alemanes, Hans Maier, dirigido a los responsables políticos en el gobierno y en los partidos políticos, para que no dejaran sólo a Polonia en su lucha por la libertad y autodeterminación. Este llamado tuvo un eco muy escaso en las filas de la coalición de gobierno socio-liberal. Los acontecimientos dramáticos en Polonia arrojaron una luz sumamente esclarecedora sobre el final de la corriente de aquellos tiempos en Europa, que había demostrado una gran simpatía con el socialismo de Estado.<sup>39</sup> Al igual que en el caso del Papa Juan XXIII dos décadas antes, la elección del nuevo Sumo Pontífice se volvió a llevar a cabo sobre el filo de un cambio de épocas: en octubre de 1978 con el Papa Juan Pablo II – de recién 58 años de edad – por primera vez en la historia de la Iglesia el liderazgo de la Iglesia católica era asumido por un polaco.

Siendo aún Arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła había declarado cuatro semanas antes en Colonia, con motivo del encuentro entre el Episcopado polaco y el alemán, que el mayor acercamiento entre las culturas e Iglesias de ambos pueblos constituí un elemento fundamental en la “construcción de una nueva cara para Europa y el mundo”.<sup>40</sup> Cuando a finales del año 1980 el Papa colocó al lado de San Benedicto a los apóstoles eslavos Cirilo y Metodio como santos patronos de Europa, expresó claramente su visión espiritual de Europa<sup>41</sup>: en oposición a la aceptación de la modernidad, del secularismo y del compromiso, estableció la (re)evangelización misionaria como deber de la Iglesia. Al compromiso con el marxismo, de la época de sus antecesores, le opuso su Iglesia como autoridad moral alternativa y social. Juan Pablo II emprendió la lucha contra el ateísmo del este y el materialismo de occidente de un modo combativo significativo para el catolicismo polaco y típicamente público de su carácter: “¡Europa necesita a Cristo! (...) La crisis de la civilización (Huizinga) y el colapso de Occidente (Spengler) solo son indicios de la urgente actualidad y necesidad de Cristo y del Evangelio. La definición cristiana del sentido del hombre a imagen y semejanza de Dios es la raíz de los pueblos europeos de acuerdo a la teología griega, tan amada por Cirilo y Metodio, y profundizada por San Agustín (...).”<sup>42</sup> Para el Papa, la unidad espiritual y moral de Europa se nutría de dos raíces de las tradiciones del cristianismo: de la occidental y de la oriental.

A partir del cambio en el pontificado, en los anuncios de la Iglesia los conceptos del mensaje papal sobre Europa pasaron al centro: paz, justicia, dignidad del hombre y libertad de culto. Con la claridad con que fueron expresados, el cambio del clima político y mental también se reflejó dentro de la Iglesia.

El efecto político, que inversamente a la presencia pública de este mensaje papal en términos poderosos, ejerció sobre la situación en Polonia y en el resto de Europa fue resumido por el historiador británico Tony Judt con fina ironía: “El Papa no tiene divisiones, como dijo Stalin cierta vez. Pero Dios no siempre está del lado de los batallones fuertes.”<sup>43</sup> Más allá de la personalidad carismática de Juan Pablo II, en las siguientes conferencias del CSCE el

representante de la Santa Sede era uno de los persistentes admonitores sobre la observación de los derechos humanos y la libertad de culto según el espíritu de Helsinki. En una Alemania dividida, el “Encuentro Católico de Dresde” de 1987 reflejó el cambio en el pequeño grupo de católicos marginados de la RDA. “La Iglesia, los cristianos en nuestro país, desean aportar su talento y su capacidad a nuestra sociedad, sin seguir a otra estrella que a la de Belén”, predicó el Cardenal Meisner de Berlín ante miles de fieles participantes.<sup>44</sup> Para el catolicismo en la diáspora, que durante mucho tiempo aguardó socialmente marginado en la RDA, el encuentro de católicos constituyó al mismo tiempo un punto de referencia firme de una creciente consciencia en la sociedad civil. Esto desembocaría finalmente en la participación – autorizada por la Iglesia – de los católicos en la “Reunión Ecuménica por Justicia, Paz y Conservación de la Creación”.<sup>45</sup>

Si bien en la República Federal de Alemania, el Comité Central de los Católicos Alemanes se centró en otros puntos, sus argumentos apuntaron en la misma dirección. Con gran insistencia convocó a poner el proceso de unificación política de Europa sobre una base constitucional y democrática: la jurisprudencia de la Corte Europea, el Sistema Monetario Europeo, la Cooperación Política Europea como instrumento coordinador hacia afuera y el Acta Única Europea resuelta en 1986 demostraban el progreso que Europa había logrado entre tanto. “¡Ha llegado el momento de tomar una decisión!”, decía enfáticamente el alegato a favor de una unión federal de Europa según el ejemplo de la República Federal de Alemania, aprobado en 1987, tres décadas después de la entrada en vigor de los Tratados de Roma.<sup>46</sup> Junto a la Constitución, se debían poner en vigencia para todos los estados miembros, los derechos fundamentales y humanos ya establecidos en la Convención Europea de Derechos Humanos de 1950. “Son bienes y una expresión justamente de esa herencia europea conjunta, que constituye la base de la comunidad de las naciones; conquistas logradas durante siglos de luchas, que ahora fortalecen a los europeos como historia común en la consciencia de ser ciudadanos de una unión.”<sup>47</sup>

Pero en el escenario europeo, la exigencia de los católicos seculares fue desplazada a un segundo plano desde mediados de los años 80 por un nuevo dinamismo puesto en marcha y dirigido a una unión económica y monetaria. No fue la promulgación de una nueva constitución europea, sino la reducción gradual de los controles en las fronteras internas resuelta en Schengen (Luxemburgo) en 1985 y la reforma del sistema financiero de la Comunidad Europea inducida por el presidente de la Comisión, Jacques Delors, en 1987, los que se volvieron los nuevos hitos de la historia europea. Habrían de alcanzar una nueva cumbre en la Unión Europea decidida en Maastrich (Países Bajos) en 1992. Con todo, el catolicismo secular alemán se sentía de acuerdo con el Canciller Federal Helmut Kohl, quien se consideraba heredero de Konrad Adenauer, sobre todo en cuanto a la política europea.

“Polonia – 10 años, Hungría – 10 meses, RDA – 10 semanas, República Checoslovaca – 10 días”: este pasacalle, colocado por manifestantes jubilados en la torre de la televisión de Praga, el 28 de noviembre de 1989, día de la renuncia del gobierno comunista de la República Checoslovaca, expresaba en

una fórmula tan popular como contundente la sensación de enorme aceleración de los tiempos que experimentaron los contemporáneos. La velocidad vertiginosa con que las revoluciones pacíficas en Europa del Este hicieron colapsar en 1989 la arquitectura de los estados del bloque “del corto siglo XX”, que se venía tambaleando desde hacía tiempo, sorprendió aún a los actores dinámicos del proceso de integración europea.

El Canciller Federal de Alemania, quien como muy pocos otros líderes políticos había interiorizado la historia del continente europeo, no tenía duda alguna en incluir a Polonia, Hungría y Checoslovaquia en Europa. Indiscutiblemente es un mérito histórico de Helmut Kohl el haber ganado a los viejos aliados del orden, como así también a los vecinos de Alemania para una reunificación alemana dentro de una Unión Europea también fortalecida en lo político. No fue previsible, pero de todos modos significativo: el 9 de noviembre de 1989 el Canciller Federal recibió la noticia sobre la caída del muro de Berlín justamente durante una visita al nuevo gobierno de Varsovia, liderado por el disidente Tadeusz Mazowiecki. Ni corto ni perezoso, Kohl viajó a Berlín, pero luego regresó para continuar la visita de Estado a Polonia. Mientras acompañaban al Canciller Federal algunos representantes selectos del catolicismo laico, que habían hecho mucho mérito por la reconciliación con Polonia, como Bernhard Vogl o Elisabeth Erb, simultáneamente, en Roma, los obispos alemanes hacían cola por saludar al papa polaco Juan Pablo II. El hecho de que la Iglesia en Alemania apoyara el reconocimiento del límite en el Oder-Neisse por el Derecho Internacional marcó el final del conflicto este-oeste dentro del espacio católico; la constitución de un obispado independiente en Görlitz en 1994 representó una piedra importante para la construcción de la nueva Europa.

Y finalmente, el catolicismo laico alemán difícilmente podría haber encontrado un mejor lugar para la determinación programática del posicionamiento futuro de Alemania en Europa, que las 90ª Jornadas Católicas realizadas en mayo de 1990 en una Berlín ahora reunificada. En una “Declaración de Berlín” redactada y decidida en conjunto, el Comité Central de los Católicos Alemanes, los miembros de la Comisión de Acción Conjunta de Cristianos Católicos en la RDA y los representantes del Apostolado Laico de las jurisdicciones de la Conferencia Episcopal de Berlín expresaron públicamente su profesión política y socio-civil de la responsabilidad cristiana “por un futuro común en Alemania, Europa y el mundo”, de un modo impactante y con un patetismo justificado: “Fuimos testigos de cambios profundos: luego de décadas de separación, Alemania recupera su unidad, Europa se encuentra encaminada hacia un futuro común de libertad y paz, y se liberan nuevas fuerzas para tareas mundiales. Nosotros, los católicos alemanes, queremos colaborar para que estas nuevas energías se dediquen a hacer realidad la democracia, justicia, paz y conservación de la creación. Así, nuestro mundo será cada vez más Un Mundo.”<sup>48</sup>

---

<sup>1</sup> Wirsching, Andreas: Der Preis der Freiheit. Geschichte Europas in unserer Zeit. München 2012.pág. 348.

<sup>2</sup> Andreas Rödder: *Geschichte 21.0. Eine kurze Geschichte der Gegenwart*. München 2015. pág. 299.

<sup>3</sup> Joseph Kardinal Ratzinger: *Europa – Verpflichtendes Erbe für die Christen*. Conferencia con motivo de la jornada „Europa y los Cristianos“ de la Academia Católica en Baviera en Estrasburgo, 25/04/1979. En: Schwarz, Jürgen (Ed.): *Katholische Kirche und Europa. Dokumente 1945–1979*. Munich - Maguncia 1980. Dok. 198, pág. 500.

<sup>4</sup> Cita en Friedrich Kardinal Wetter: *Kirche in Europa* (Schriften der Katholischen Akademie in Bayern). Düsseldorf 1979. En: Schwarz (Ed.): *Die katholische Kirche und das neue Europa. Dokumente 1980–1995. Parte I*. Maguncia 1996. Dok. 59, pág. 351.

<sup>5</sup> Auhofen, Herbert: Artikel „Europa – III. Religiöse Verhältnisse“. En: *Staatslexikon. Recht, Wirtschaft, Gesellschaft*. Ed. por Görres-Gesellschaft. Tomo 3: *Erbschaftssteuer bis Harzburger Front*. 6., edic. totalmente revisada Freiburg i. Br. 1959. Sp. 84-85. Maier, Hans: *Europa und die Kirchen*. En: Weilemann, Peter R. / Küsters, Hanns Jürgen / Buchstab, Günter (Ed.): *Macht und Zeitkritik. Festschrift für Hans-Peter Schwarz zum 65. Geburtstag*. Paderborn 1999. pág. 455-461.

<sup>6</sup> Kösters, Christoph (Bearb.): *Akten deutscher Bischöfe seit 1945. DDR 1951–1957*. Paderborn 2012. Dok. 185, pág. 443-446.

<sup>7</sup> Ilustración en: Kösters, Christoph / Tischner, Wolfgang (Ed.), *Katholische Kirche in SBZ und DDR*. Paderborn 2005.

<sup>8</sup> Hirschfeld, Michael, *SOS-Ruf aus der Diaspora. Selbst- und Fremdwahrnehmungen von ostvertriebenen Katholiken und Protestanten in Niedersachsen nach dem Zweiten Weltkrieg*. En: Rürup, Miriam (Ed.): *Praktiken der Differenz. Diasporakulturen in der Zeitgeschichte*. Göttingen 2009. pág. 129-147, aquí pág. 130.

<sup>9</sup> Auhofen: *Europa – Religiöse Verhältnisse*. pág. 84. Para investigar, véase el tomo temático „Säkularisierung und Neuformierung des Religiösen in der zweiten Hälfte des 20. Jahrhunderts“. En: *Archiv für Sozialgeschichte*, 51 (2011).

<sup>10</sup> Rémond, René: *Religion und Gesellschaft in Europa. Von 1789 bis zur Gegenwart*. München 2000. pág. 267. Großbölting, Thomas: *Der verlorene Himmel. Glaube in Deutschland seit 1945*. Göttingen 2013.

<sup>11</sup> Borutta, Manuel: *Genealogie der Säkularisierungstheorie. Zur Historisierung einer großen Erzählung der Moderne*. En: *Geschichte und Gesellschaft* 36 (2010). pág. 347-376.

<sup>12</sup> Brunn, Gerhard: *Die europäische Einigung von 1945 bis heute*. 3., edic. revisada y actualizada. Stuttgart 2009. 52-58.

<sup>13</sup> Hürten, Heinz: *Der Topos vom christlichen Abendland in Literatur und Publizistik nach den beiden Weltkriegen*. En: Langner, Albrecht (Ed.): *Katholizismus, nationaler Gedanke und Europa seit 1800*. Paderborn 1985. pág. 131-154.

<sup>14</sup> Zum Beitrag der christlichen Politiker Becker, Winfried, *Die europäische Einigung und die deutschen Unionsparteien. Von den Anfängen in der Nachkriegszeit bis zur Gegenwart*. En: *Historisch-politische Mitteilungen* 1 (1994). pág. 135-154. Conze, Vanessa: *Zwei Europas und ein Kanzler. Europabewegungen in den 50er Jahren und ihr Verhältnis zu Konrad Adenauer*. En: Hochgeschwender, Michael (Ed.): *Epoche im Widerspruch. Ideelle und kulturelle Umbrüche der Adenauerzeit*. Bonn 2011. pág. 234-255.

<sup>15</sup> Chenaux, Philippe: *Der Vatikan und die Entstehung der Europäischen Gemeinschaft*. En: Greschat, Martin / Loth, Wilfried (Ed.): *Die Christen und die Entstehung der Europäischen Gemeinschaft*. Stuttgart 1994. pág. 97-124, aquí pág. 119. Hürten, Heinz: *Papst Pius XII. und die Einigung Europas*. En: Duchardt, Heinz / Morawiec, Małgorzata (Ed.): *Die europäische Integration und die Kirchen. Akteure und Rezipienten*. Göttingen 2010. pág. 21-34.

<sup>16</sup> Chenaux: *Der Vatikan*. pág. 101-102.

<sup>17</sup> *Prédica de Pio XII durante la celebración del 1400º aniversario del fallecimiento de San Benedicto en la Basílica San Pablo en Roma, 18/09/1947*. En: Schwarz (Ed.): *Katholische Kirche und Europa*. Dok. 3, pág. 4-5. 63

<sup>18</sup> *Epístola apostólica de Pablo VI para el nombramiento de San Benedicto como Patrono de Europa, 24/10/1964*. En: idem, Dok. 60, pág. 99-100.

<sup>19</sup> Kißener, Michael: *Die Bischöfe und die deutsch-französische Annäherung nach dem Zweiten Weltkrieg*. En: *Historisches Jahrbuch* 132 (2012). pág. 110-123. Allí mismo: *Boten eines versöhnten Europa? Deutsche Bischöfe, Versöhnung der Völker und Europaidee nach dem Zweiten Weltkrieg*. En: Duchardt, Heinz / Morawiec, Małgorzata (Ed.): *Die europäische Integration und die Kirchen. Akteure und Rezipienten*. Göttingen 2010. pág. 53-72.

<sup>20</sup> Próximamente Oboth, Jens: Pax Christ Deutschland im Kalten Krieg 1945– 1957. Gründung, Selbstverständnis und Vergangenheitsbewältigung. Paderborn 2016 (en imprenta).

<sup>21</sup> Kißener: Boten eines versöhnten Europa. pág. 66.

<sup>22</sup> Cita de Judt, Tony: Die Geschichte Europas seit dem Zweiten Weltkrieg. Edic. con lic. para Bundeszentrale für politische Bildung. Bonn 2006. pág. 182.

<sup>23</sup> Chenaux: Der Vatikan. pág. 117-118. Hehl, Ulrich von (Ed.): Adenauer und die Kirchen. Bonn 1999; especialmente los artículos de Hürten, Heinz: Konrad Adenauer und die katholische Kirche (pág. 29-42) y Schwarz, Hans-Peter: Konrad Adenauer – Abendländer oder Europäer? Zur Bedeutung des Christlichen in seiner auswärtigen Politik (pág. 95-115). Véase también Doering-Manteuffel, Anselm: Rheinischer Katholik im Kalten Krieg. Das „christliche Europa“ in der Weltsicht Konrad Adenauers. En: Greschat, Martin / Loth, Wilfried (Ed.): Die Christen und die Entstehung der Europäischen Gemeinschaft. Stuttgart 1994. pág. 237-246.

<sup>24</sup> Carta del Obispo Josef Stimpfles a los presidentes de las Conferencias Episcopales Nacionales en Europa, 06/08/1972. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 93, pág. 164.

<sup>25</sup> Informe de situación de la Comisión de Trabajo „Internationale Arbeit“ en la Jornada de Trabajo del Comité Central de los Católicos Alemanes, 16 -19/04/1958. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 28, pág. 48-49. Lagebericht Wissborns bei der Arbeitstagung des Zentralkomitees der deutschen Katholiken in Münster, 18 – 21/03/.1964. En: Allí. Dok. 49, pág. 80-83.

<sup>26</sup> Böckenförde, Ernst-Wolfgang: Religionsfreiheit als Aufgabe der Christen. Gedanken eines Juristen zu den Diskussionen auf dem Zweiten Vatikanischen Konzil (1965), en: Idem: Kirche und christlicher Glaube in den Herausforderungen der Zeit. Beiträge zur politische-theologischen Verfassungsgeschichte 1957-2002. 2ª Edic. ampliada, continuada hasta 2006, Berlin 2007. pág. 197-212. En cuanto sigue, también los resúmenes en Pesch, Otto Hermann: Das Zweite Vatikanische Konzil (1962- 1965). Vorgeschichte, Verlauf, Ergebnisse, Nachgeschichte. Würzburg 1993. pág., 306-308 y Rémond: Religion und Gesellschaft in Europa. pág. 232-238.

<sup>27</sup> Mayeur, Jean-Marie entre otros pág.: Krisen und Erneuerung (1958-2000) (= Die Geschichte des Christentums. Religion, Politik, Kultur. Tomo 13), Freiburg i. Br. 2002; allí especialmente Aubert, Roger / Soetens, Claude: Resultate. pág. 72-93; Mayeur, Jean-Marie: Die katholische Kirche und die internationale Politik. pág. 301-311.

<sup>28</sup> Ansprache Pauls VI. an die Teilnehmer der Tagung der Politischen Kommission des Europarates, 02/09/1968. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 75, pág. 134.

<sup>29</sup> Leustean, Lucian N.: Roman Catholicism, Diplomacy, and the European Communities, 1958– 1964. En: Journal of Cold War Studies 2013. pág. 53-77. Homeyer, Josef: Kirchliche Arbeit auf europäischer Ebene. 64 Strukturen und Erfahrungen. En: Duchardt, Heinz (Ed.): Die europäische Integration und die Kirchen. Akteure und Rezipienten. Göttingen 2010. pág. 107-121.

<sup>30</sup> Conferencia de la Ministra de Culto de Renania Palatinado, Hanna Renate Laurien, en el Congreso del Comité Europeo para la Educación Católica en Estrasburgo, 07/01/1977. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 135, pág. 281.

<sup>31</sup> Esta es la observación acertada de Judt: Die Geschichte Europas. pág. 570-571.

<sup>32</sup> Citas allí pág. 570. Sobre lo siguiente también Kunter, Katharina: Die Kirchen im KSZE-Prozess 1968-1978. Stuttgart 2000. pág. 69-73.

<sup>33</sup> Joseph Kardinal Ratzinger: Europa – Verpflichtendes Erbe für die Christen. Conferencia con motivo de la jornada „Europa und die Christen“ de la Academia Católica en Baviera, en Estrasburgo, 25/04/1979. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok.198, pág. 500-511.

<sup>34</sup> Conferencia de Leo Tindemans en la declaración europea de las 85ª Jornadas Católicas Alemanas en Friburgo 1978. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok., pág. 456-457.

<sup>35</sup> Informe Czajas en el Comité de Trabajo „Kirche und Heimat“ en la Jornada de Trabajo del Comité Central de la Federación Católica Alemana en Friburgo, 10 – 14/04/1962 y resolución allí. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 36, pág. 58-60. Resolución pág. 61.

<sup>36</sup> Preguntas y debate del 2º Foro en la 82ª Jornada Católica Alemana en Essen, 04 – 08/09/1968. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 74, pág. 130.

---

<sup>37</sup> Cita según Hummel, Karl-Joseph: Die Bischöfe und die deutsch-polnische Versöhnung nach dem Zweiten Weltkrieg. En: Historisches Jahrbuch 132 (2012). pág. 124-137, aquí pág. 125.

<sup>38</sup> Sobre lo siguiente allí y en Stempin, Arkadiusz: Das Maximilian-Kolbe-Werk. Wegbereiter der deutsch-polnischen Aussöhnung 1960 –1989. Paderborn 2006.

<sup>39</sup> Judt: Die Geschichte Europas. pág. 640-642.

<sup>40</sup> Discurso del Arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła en Köln por la Conferencia Episcopal Alemana, 22/09/1978. En: Schwarz (Ed.): Katholische Kirche und Europa. Dok. 191, pág. 462.

<sup>41</sup> Epístola apostólica de Juan Pablo II sobre la elevación de los Santos Cirilo y Metodio a patronos de Europa. En: Schwarz (Ed.): La Iglesia Católica y la nueva Europa 1980–1995. T. I, pág. 25. Sobre lo siguiente véase los comentarios acertados en Judt: Die Geschichte Europas. pág. 672-673.

<sup>42</sup> Discurso de Juan Pablo II. ante los participantes del Coloquio Internacional sobre „Las raíces cristianas comunes de las naciones europeas” en Roma, 06/11/1981, En: Schwarz (Ed.): Die katholische Kirche und das neue Europa 1980–1995. T. I. Dok. 8, pág. 49-50.

<sup>43</sup> Judt: Die Geschichte Europas. pág. 673.

<sup>44</sup> Predica de Meisner en el Encuentro Católico en Dresde, 12/07/1987. En: Höllen, Martin: Loyale Distanz? : Katholizismus und Kirchenpolitik in SBZ und DDR. Ein historischer Überblick in Dokumenten. Tomo 3, Subtomo 2: 1977 a 1999. Berlin 2000. pág. 178.

<sup>45</sup> Seifert, Katharina: Glaube und Politik. Die Ökumenische Versammlung in der DDR 1988/89. Leipzig 2000. Zu den 1989 in Basel erreichten Beschlüsse der Europäischen Ökumenischen Versammlung zu Europa. En: Schwarz (Ed.): Die katholische Kirche und das neue Europa 1980–1995. T. I. Dok. 62, pág. 357-379. 65

<sup>46</sup> Archiv des Zentralkomitees der deutschen Katholiken, Bonn: Erklärung des ZdK del 21/11/1987.

<sup>47</sup> Allí mismo

<sup>48</sup> En: Buchheim, Hans / Raabe, Felix (Ed.): Christliche Botschaft und Politik. Texte des Zentralkomitees der Deutschen Katholiken zu Politik, Staat, Verfassung und Recht. 3ª Edic. ampliada Paderborn 1997, pág. 276.